

Capítulo 1

Posada Tête de Boeuf, Abbeville, Francia
Julio de 1764

*E*s muy raro oír maldecir a una monja.

Robin Fitzvitry, conde de Huntersdown, estaba sentado a una mesa junto a la ventana terminando su comida, por lo que tenía una excelente vista de la mujer que estaba fuera en el patio de la posada. No cabía duda; estaba mascullando maldiciones, y era una monja.

Estaba en el corredor exterior cubierto del que subía la escalera a los dormitorios de arriba, por lo que su ropa gris se fundía con la sombra; y su ropa era un hábito de monja, si no, él era una madre superiora. Un cordón le ceñía el sencillo hábito a modo de cinturón, y el velo oscuro de la cabeza le cubría la espalda. Del cinturón colgaba un rosario de madera, y tal vez calzaba sandalias. Estaba de espaldas a él, pero le pareció que era joven.

— *Maledizione!* — exclamó.

¿Italiano?

La frivolidad peluda llamada *Coquette* resultó útil. La perra papillon se meneó toda entera al poner las patas delanteras en el alféizar para ver qué producía ese ruido, rozándole el mentón con la plumosa cola y dándole así un pretexto para girar la cabeza hacia la derecha.

Sí, era una monja, sin duda alguna. ¿Qué hacía una monja italia-

na en el norte de Francia, invocando al demonio, nada menos?, pensó, más y más encantado.

—Entonces, señor, ¿continuamos?

Robin volvió a girar la cabeza para mirar a Powick, su mozo inglés de edad madura, que estaba sentado enfrente al lado de Fontaine, su joven ayuda de cámara francés. Powick era macizo y de piel curtida, mientras que Fontaine era delgado y de piel blanca, tersa y pálida; eran tan distintos en naturaleza como en apariencia, pero cada uno era perfecto para él a su manera.

—No lo sé —dijo.

—Son recién pasadas las tres, señor —alegó Powick—. Quedan muchas horas de luz para viajar en esta época del año.

—¡Pero una tormenta podría convertir los caminos en *pottage*! —exclamó Fontaine—. Podríamos quedar empantanados en medio de ninguna parte.

Y tal vez tenía razón, pensó Robin, pero también deseaba continuar en Francia todo el tiempo que fuera posible. Con un elevado sueldo y muchos privilegios, lo había tentado de dejar el servicio de un príncipe, pero aunque ya llevaba tres años con él, Fontaine se estremecía cada vez que volvían a Inglaterra. En cambio, Powick, que lo servía desde hacía veinte años, no paraba de refunfuñar todo el tiempo que estaban en Francia.

—Piense en el grupo que acaba de llegar —dijo Powick, jugando una carta muy poderosa.

Una berlina cargada hasta los topes había entrado bamboleándose en el patio de la posada no hacía mucho rato, y de ella bajaron unos niños gritones, agobiados por una madre chillona. Los tres habían subido la escalera exterior haciendo mucho ruido y en ese momento los mozos estaban descargando la berlina. Pasarían ahí la noche, y desde arriba llegaba el ruido: los niños seguían gritando y la madre chillando.

En inglés. Un grupo de ingleses podrían desear entablar conversación con él. Él era un hombre gregario, pero le gustaba elegir la

compañía. El ruido de un golpe y un chillido de rabia tendría que haberlo decidido, pero volvió a mirar hacia fuera. Su madre solía pronosticar que la curiosidad sería su perdición, pero ¿qué podía hacer? Era su naturaleza.

—Estás de acuerdo, ¿verdad? —le dijo a *Coquette*, que agitó sus grandes orejas y la plumosa cola.

—¿De acuerdo en que debemos marcharnos? —preguntó Powick.

—¿De acuerdo en que debemos quedarnos? —preguntó Fontaine.

—De acuerdo en que debemos salir a investigar —dijo Robin, cogiendo a la perra y levantándose—. Iré a echar una buena mirada para ver cómo está el tiempo y a pedir consejo a la gente de aquí.

Dicho eso, salió, metiéndose a *Coquette* en el bolsillo grande de la chaqueta, lo que al parecer a ella le encantaba. Era una suerte que le gustara vestir informal para viajar, porque la moda dictaminaba chaquetas ceñidas sin ningún bolsillo útil.

Se acercó a la mujer que ya estaba en silencio, pensando en qué idioma hablarle. Su italiano era sólo pasable, pero su francés era perfecto, y estaban en Francia.

—¿Me permite que la ayude, hermana? —preguntó en francés.

Ella se giró bruscamente, y a él se le quedó atrapado el aire en la garganta.

Estaba mirando una cara pasmosa. Era ovalada, pero la ceñida toca que llevaba bajo el velo gris le cubría casi toda la frente y los lados de la cara y bajaba en punta en el centro de la frente, dándole forma de corazón, una forma que parecía pensada para destacar sus grandes ojos oscuros y unos labios llenos y tersos que no necesitaban para nada que los destacaran. ¿A qué obispo demente se le ocurrió esa toca? Porque seguro que no se le habría ocurrido a ninguna madre superiora.

Tenía la piel muy blanca, lo que tal vez sería bastante común entre monjas de clausura, pero resplandecía de salud, tan perfecta

como los pétalos de las rosas blancas que caían por encima de la pared cercana. Tenía la nariz recta, con diminutos hoyuelos justo encima de las ventanillas, y esos labios...

Hizo una inspiración profunda. Esos labios estaban hechos para besos, no para confesionarios. Y era joven; no podía tener mucho más de veinte años.

Ella castigó esos labios estirándolos en una delgada línea.

—Gracias, señor, pero no necesito ayuda —dijo, y se giró, dándole la espalda.

Buen francés, pero no el de una francesa, y normalmente las personas maldicen en su lengua nativa. Italiana, seguro. ¿Qué diablos hacía una monja italiana en el norte de Francia, sola?

Avanzó hasta ponerse en su línea de visión, y esbozó su más encantadora sonrisa.

—Hermana, no tengo mala intención, pero no puedo desentenderme de una dama afligida, y menos aún si es una esposa de Cristo.

Ella hizo ademán de girarse otra vez, pero de pronto se quedó quieta y lo miró francamente, examinándolo. Robin reprimió una sonrisa. Esa mirada, sumada a las maldiciones anteriores, le reveló claramente que lo que tenía ahí no era una verdadera monja sino una aventurera disfrazada.

Y pensar que se había sentido aburrido.

—Permítame que me presente, hermana —dijo, haciendo una venia—. Señor Bonchurch, caballero inglés, muy a su servicio.

Se sintió algo incómodo por decir esa mentira, pero siempre usaba un apellido falso cuando viajaba por Francia. Su verdadero apellido y su título causaban alboroto y a veces alguien avisaba a los dignatarios locales y entonces se veía acosado por visitas e invitaciones. Y eso, al fin y al cabo, era una simple diversión en el camino.

La monja continuaba mirándolo, como si estuviera haciendo cálculos. Antes que se decidiera a decirle su nombre, se oyeron fuer-

tes pasos en los tablones del corredor cubierto de arriba, y esa voz estridente gritó:

— ¡Hermana Immaculata! ¡Hermana Immaculata! ¿Dónde demonios se ha metido?

— Hermana Immaculata, supongo — dijo él, sonriendo.

Ella levantó la vista, con expresión hostil.

— ¿Cuántas monjas fuera de un convento puede haber aquí?

— Y llegó en la berlina.

— ¡Hermana Immaculata!

Ella masculló algo y luego dijo:

— Debo ir.

Él avanzó y le cerró el paso.

— ¿Es usted la niñera de esos niños? Mis condolencias.

— No lo soy — dijo ella, haciendo un brusco gesto con la mano, gesto sin duda italiano—. Pero la niñera contrajo una fiebre en Amiens y la doncella la abandonó en Dijon. Ahora sólo estoy yo.

— ¡Hermana! ¡Hermana! ¡Venga aquí inmediatamente!

— No me extraña que estuviera maldiciendo su suerte — dijo Robin. Hizo un gesto hacia una puerta en arco—. Si entramos ahí, estaríamos fuera de su vista y podríamos hablar de cómo liberarla de esta abominable situación.

— No hay nada que hablar — dijo ella, y volvió a hacer ademán de alejarse.

Él volvió a cerrarle el paso.

— No le hará ningún daño hablar.

Ella lo miró ceñuda, pero más pensativa que enfadada. Al sonar otro grito, levantó las manos en gesto elocuente y se dirigió a toda prisa hacia la puerta en arco. Robin la siguió, admirando sus ágiles y enérgicos movimientos. Era deliciosamente vigorosa, lo que tal vez era más llamativo al estar toda tapada por esa ropa tan informe.

El velo gris rozó una rosa marchita, haciendo caer los pétalos y uno se le quedó cogido. Él quitó el pétalo del velo y ella se giró bruscamente con la mano levantada, lista para golpearlo. Él le ense-

ñó el pétalo y ella bajó la mano, pero él comenzó a excitarse. El leve contacto había producido una especie de chisporroteo de conciencia sexual, y ella tenía un tinte rosa en las mejillas. No era una monja.

Aplastó el pétalo entre los dedos y la invitó a aspirar el perfume, pero *Coquette*, la picaruela celosa, ladró.

La hermana Immaculata se encogió de miedo y luego miró sorprendida.

—¿Qué es eso?

—Una *Coquette* —dijo él. Era el nombre de la perra, pero etimológicamente en francés significa «una nada, una insignificancia»—. No le haga caso.

Pero ella alargó una mano y le acarició la cabecita. Él ya conocía el efecto. Después de todo había comprado a *Coquette* para seducir a una dama en Versalles, donde la raza hacía furor. Sacó a la perra del bolsillo, dispuesto a usar cualquier instrumento.

—¡Qué bonita!

—Permítame que se la regale.

Ella retrocedió, frunciendo el ceño.

—Qué despiadado es.

Él sonrió mirándola a los ojos.

—Es mi misión en la vida satisfacer todos los deseos de las damas. Entre en la posada, hermana Immaculata, y dígame los suyos.

Ella soltó el aire en un siseo. ¿Había ido demasiado lejos, demasiado rápido? Pero otro chillido de su empleadora la hizo girarse y pasar rápidamente por la puerta. Esta daba a un pequeño jardín, en el que había una puerta abierta que daba al vestíbulo de entrada.

—Demasiado público —dijo él, tocándole el brazo para llevarla hacia otra más alejada, que daba a un saloncito en el que no había nadie.

Ella se apartó bruscamente y apresuró el paso para distanciarse de modo que él no pudiera volver a tocarla. Él entró detrás de ella,

pero no cerró la puerta. Todavía. Recordó una vieja historia sobre una princesa y un guisante. Había descubierto que, por lo general, esa sensibilidad a su contacto indica que la mujer está preparada para el placer.

—Ahora bien, hermana —dijo amablemente—, ¿sus deseos?

—Deje de decir esas cosas. No muestra ningún respeto por mi hábito.

—Es una prenda muy deprimente. Pero —añadió, levantando la mano libre para sugerir paz—. Sólo quise decir sus deseos respecto a su situación. La doncella abandonó a la dama. La niñera también. ¿Es usted la única criada que le queda a la dama chillona?

Tal como predijera, unas pisadas de tacón duro tamborilearon en los peldaños de la escalera que bajaba al patio interior, y se reanudaron las exigencias a gritos.

—¿Su nombre?

—Lady Sodworth.

Las palabras inglesas pronunciadas con el melodioso acento italiano sonaron como otra maldición. Él no conocía ese título, y la alta sociedad de Gran Bretaña era su mundo. ¿Otra impostora? ¿Podría ser eso una extraña conspiración?

—¿Cuál es exactamente su puesto con la dama? —le preguntó, mirándola atentamente.

—Acompañante. Pero ahora espera que yo lo haga todo.

—¿Y la ha soportado todo el camino desde...?

—Milán.

—¿Por qué?

Al parecer ella encontró difícil contestar esa simple pregunta.

—Tenía motivos para viajar a Inglaterra y necesitaba compañía femenina.

Por la ventana abierta se oía a la dama arengando a un mozo del establo en un francés atroz.

—El precio parece elevado.

—Está crispada porque soporta una inmensa tensión.

—La que supongo es de su propia creación. Sólo la voz haría huir a los ángeles.

Otra gesticulación con las manos de finos dedos.

—No tengo otra opción. —Se dirigió a la puerta—. Debo ir a apaciguarla.

—¿Su destino es Inglaterra?

—Sí.

—Entonces, ¿me permite que la lleve yo?

Ella se giró a mirarlo.

—Por supuesto que no.

—¿Por qué no?

—Es un hombre.

—Uno muy inofensivo.

Ella soltó un bufido de incredulidad. Pero no continuó caminando.

—De verdad, hermana Immaculata, un hombre como yo no se puede permitir añadir a sus pecados ponerle los cuernos a Dios. Pero ¿tal vez rescatar a una de sus esposas me ahorraría algunos años en el purgatorio?

—¿Me cree idiota, señor? Usted no es un hombre del que una mujer pueda fiarse.

—Por el contrario, es el animal hambriento el peligroso. Míreme, hermana, y vea al hombre saciado por las damas de Versalles.

El rubor que le cubrió las mejillas lo deslumbró, pero ella continuó con sus ojos serios.

—¿Va a pasar aquí la noche?

Él supo inmediatamente la respuesta necesaria:

—No.

Lady Sodworth ya había entrado en la posada y su exigente voz partía el aire como una sierra. Un estruendo arriba indicó que se había roto algo, tal vez el cristal de una ventana.

La monja fugitiva fue a esconderse detrás de la puerta.

—¿Viaja rápido?

—Todo lo rápido que permiten los caminos y los caballos.

—¿Me da su palabra, señor, a riesgo de su alma inmortal, de que me dejará sana y salva en Londres?

«Sana y salva» era una expresión resbaladiza, así que él la definió de forma que le conviniera y dijo:

—Sí. —Entonces sonrió—. Qué matrimonial, por cierto.

La expresión de ella se tornó irónica.

—Es usted hermoso y pícaro, señor Bonchurch, y está acostumbrado a que las mujeres le caigan en las manos como fruta madura, pero le aseguro que eso no le ocurrirá conmigo. No deseo oír ninguna queja cuando lleguemos a Londres con su lujuria insatisfecha.

—Ni una sola —prometió él, ahogándose en placer—. Pero ¿se da cuenta de que eso es un desafío?

—Uno que voy a ganar yo, seguro. Como ha dicho, no puede permitirse ponerle los cuernos a Dios. ¿Tiene coche?

—Una calesa cerrada de dos ruedas. Sólo me falta dar la orden de que la enganchen a los caballos.

—Excelente. Pero sería mejor aún si yo subiera ahora mismo al coche, ¿no le parece?

—Es usted una conspiradora al gusto de mi corazón, hermana, y tiene razón. El próximo paso de su lady Sodworth será hacer registrar toda la posada.

Como para confirmar su idea, el agobiado posadero asomó la cabeza por la puerta. Robin sacó una moneda de oro; el hombre la vio, asintió y continuó su camino. Entonces Robin abrió la ventana y se asomó a mirar el camino que pasaba por el lado de la posada.

—No hay nadie —dijo, acercando una silla.

Ella vaciló, pero enseguida corrió, subió ágilmente y saltó al otro lado, enseñando las sandalias y los tobillos desnudos. Él dejó la silla en su lugar y saltó fuera, sonriendo de oreja a oreja.

—Por aquí —dijo, haciendo un gesto hacia la parte trasera de la posada.

Entraron en el patio de atrás y el coche de posta de él estaba

cerca, con el eje apoyado en el suelo, esperando el nuevo equipo de caballos. Se lo indicó a su aventurera y la ayudó a subir. Otro contacto, otra chispa, otro estremecimiento. Ella quedó en una posición incómoda en el coche en pendiente, pero se las arregló.

— Iré a ordenar que enganchen los caballos.

De pronto ella juntó las manos y se cubrió la boca con ellas.

— No, no puedo. Necesito mis cosas, mi baúl de viaje.

— Yo le compraré lo que sea que necesite.

— No quiero estar en deuda con usted.

Él se encogió de hombros.

— ¿Dónde está su baúl?

— Estaba en el maletero de la berlina, pero podrían haberlo llevado a la posada.

Robin se giró a mirar la berlina. En el techo había un montón de maletas y baúles, que todavía no habían descargado; el maletero estaba abierto y ya medio vacío. Mientras miraba salió un hombre de la posada, cogió dos bultos y los llevó al interior. ¿Ropa de cama? Podría decirle a lady Sodworth que la Tête de Boeuf ofrecía sábanas limpias y oreadas, pero por la forma de hablar de la dama, daba la impresión de que no haría caso.

— ¿Cómo es su baúl?

— De madera lisa con correas negras. Una placa de latón con una cruz.

— Yo me encargaré de eso. Manténgase oculta.

Bajó la cortina del interior de la ventanilla y comenzó a cerrar la puerta, y entonces cayó en la cuenta de que tenía a *Coquette* en una mano. La puso sobre la rodilla de la monja.

— Hablen de sus deseos — dijo, y cerró la puerta.

Paseó la mirada por el patio y no vio ningún peligro, así que echó a caminar hacia la berlina. En el interior vio el pequeño baúl de la monja.

En ese momento salieron dos hombres y descargaron un elegante baúl recubierto con piel y se lo llevaron entre los dos. Robin

comprendió que necesitaba a sus hombres, así que entró en la posada a llamarlos. Cuando aparecieron les explicó la situación y les dio las órdenes.

Fontaine, suspirando porque se iban a marchar, se quedó al acecho, preparado para distraer a cualquier mozo que saliera, mientras Powick, suspirando por el nuevo juego de su amo, sacó el pequeño baúl, se lo echó al hombro y lo llevó al coche.

Monja o no monja, esa era la pregunta. El baúl era muy sencillo, muy monjil, pero aun en el caso de que la hermana Immaculata fuera auténtica, tramaba algo raro. En dos días de viaje debería poder descubrir todos sus secretos.

Powick estaba haciendo espacio para el baúl en el maletero; Robin fue a decirle a Fontaine que todo estaba ya resuelto.

— ¡Eh, usted!

Se giró y se encontró ante una mujer furiosa. Tenía que ser lady Sodworth, pero su apariencia no hacía juego con su dura voz; era menuda, toda adornada con cintas e incluso bonita, en cierto modo malhumorado.

— ¿Ha visto a una monja aquí? — preguntó con su mal francés, al parecer sin darse cuenta de que él era un caballero y nada menos que inglés.

Robin miró alrededor, con expresión perpleja.

— ¿Aquí, señora?

— ¡En alguna parte de aquí, idiota!

Él hizo un travieso encogimiento de hombros galo.

— Si necesita una monja, señora, ¿tal vez debería ir a un convento?

— ¡Imbécil! — exclamó ella en inglés, y se alejó para continuar su loca búsqueda.

Otra *Coquette*, y con peor temperamento. Le extrañó que algún hombre se hubiera casado con ella, a pesar de su apariencia. Volvió a buscar a un lord Sodworth en su memoria, pero tenía la seguridad de que no había ninguno. Entonces, un caballero con el

título de sir, o un baronet, y probablemente de reciente creación. Excelente; eso hacía improbable que volviera a encontrarse con lady Sodworth.

Le hizo un gesto a Fontaine y se dirigió a su coche, donde estaban los mozos de cuadra engancho los caballos bajo la supervisión de Powick; este había sido mozo de cuadra en su juventud y conocía el oficio. Él fue quien lo montó en su primer poni y luego fue su preceptor en las artes ecuestres, en caza, pesca y otras actividades populares en el campo. Finalmente, pasó a ser su acompañante y criado, de utilidad infinita. Pero puesto que lo había guiado hasta la edad adulta, seguía creyendo que llevaba las riendas. Ni siquiera el que se hubiera convertido en conde un año atrás había convencido al hombre de que ya era capaz de manejar sus propios asuntos.

—¿La monja va a venir con nosotros, señor? —le preguntó, en tono severo.

—Una damisela en apuros. ¿Qué harías tú?

—Yo la devolvería a su señora, señor.

—Yo también —dijo Fontaine—. En el coche no cabemos tres. Normalmente el ayuda de cámara viajaba con ellos.

—Por lo tanto tú vas a cabalgar —dijo Robin.

—Imposible. Podría llover.

—Considéralo un favor que me haces en agradecimiento de todas las veces que yo he cabalgado y tú has tenido el coche para ti solo.

—No bajo la lluvia, señor —protestó Fontaine.

—Señor... —protestó Powick, por otros motivos.

—Soy todo inocencia. La santa dama necesita llegar a Inglaterra, ¿y tú quieres que la deje abandonada aquí con esa arpía?

—Podríamos pasarnos días en el camino si cambia el tiempo. Días y noches.

—Y ella tendrá una habitación para ella sola, lo prometo.

—El tiempo... —probó Fontaine otra vez.

Robin se aferró a su paciencia.

—Sólo necesitamos llegar a la siguiente parada. ¿Cuál es... Montreuil?

—Nouvion —contestó Powick.

Robin se encogió de hombros.

—Mientras nos alejemos de todo lo Sodworth. Vámonos.

Al final su palabra era ley, así que muy pronto Fontaine y Powick estuvieron montados. Un postillón ocupó su lugar en la silla del primer caballo mientras Robin recibía el cesto con comida y vino que había encargado antes. Abrió la puerta, le hizo un guiño a la sombría monja y colocó la cesta en el suelo. *Coquette* bajó de un salto a orinar.

Cuando la perra estuvo lista, Robin miró alrededor, no vio ningún problema, cogió a la perra y la puso en el interior del coche; esta subió de un salto a la falda de la hermana Immaculata.

—Si pretendes ponerme celoso —le dijo a la perra mientras se sentaba al lado de la monja, en el único asiento—, damas más bonitas que tú han fracasado.

La monja la acarició y la condenada perra pareció sonreír satisfecha. El coche salió a la carretera de Boulogne, dejando atrás los gritos y los chillidos.

—Bienvenida a la tranquilidad —dijo él.

—¿Me puede prometer eso?

—Si eso es su verdadero deseo.

La reacción de ella a la palabra «deseo» fue un cansino suspiro. Muy bien, no estaba preparada para el juego.

—Debo confesar —dijo— que he sufrido de tranquilidad durante días. Esperaba que usted remediara eso. Pero no de manera molesta, hermana. Verá, incluso le he ofrecido compañía femenina.

—¿Una perra?

—Con el nombre *Coquette*, vale más que lo sea.

—¿Por qué no le gusta?

Él se encogió de hombros.

—Soy capaz de tolerar a mujeres diminutas y frívolas, pero no a perros diminutos y frívolos.

—Entonces, ¿por qué la tiene, pobre animalito?

—Con un collar de oro y perlas, no tiene nada de pobre.

Ella miró el collar.

—¿Es de oro, de verdad? ¿Por qué?

—Usted me cuenta sus historias y yo le cuento las mías.

Después de dirigirle una mirada fulminante ella desvió la cara hacia la ventanilla, como si le fascinaran las afueras de Abbeville. O sea, que tenía secretos, y algunos debían estar relacionados con el motivo de que aceptara su ofrecimiento. Había tiempo. Para aumentarle la comodidad, se deslizó hasta su rincón y estiró las piernas, ensanchando la distancia entre ellos en el asiento.

—Todavía puede cambiar de decisión, hermana. Podemos devolverla a lady Sodworth.

Ella pensó antes de contestar:

—No, gracias.

—Entonces tal vez le gustaría volver a su convento.

Ella se giró a mirarlo, ceñuda.

—¿Me llevaría a Milán?

—Soy un hombre rico. No me incomodaría.

—¿Es usted un loco!

—Lástima, entonces, que haya echado su suerte conmigo.

La reacción de ella pareció más de irritación que de miedo.

—No parece rico.

—Soy modesto, no hago alarde.

—Si de verdad es rico, podría organizar las cosas para que yo viajara a Londres de una manera más respetable.

—¿Y en qué me beneficiaría eso?

—¿En qué lo beneficia esto?

—Me divierte.

Tal vez ella apretó la mano, porque *Coquette* bajó al suelo de un salto, moviéndose como si estuviera ofendida. La perra lo miró

como si quisiera saltar sobre él, pero luego se dio una vuelta completa y se echó en su cojín de terciopelo rosa.

—¿Yo soy su diversión? —preguntó la hermana Immaculata.

—Por supuesto. ¿De verdad querría que yo le pagara a unos desconocidos para que la lleven a Inglaterra?

—Usted es un desconocido.

Eso lo hizo reír.

—Lo soy. Pero me he hecho cargo de usted, ¿sabe?, y mi honor me exige que me ocupe personalmente de dejarla segura en su destino.

Eso produjo un interesante y receloso silencio.

—Así, pues, hermana Immaculata, ¿dónde reside su seguridad?

—En Inglaterra.

—¿Algún lugar concreto?

—Ninguno que tenga que interesarle a usted, señor.

—Debo dejarla en Dover y abandonarla. Creo que no. ¿Habla inglés por lo menos?

Ella sonrió.

—Perfectamente —contestó en inglés.

Por la pronunciación de esa sola palabra él comprendió que decía la verdad. Otro sorprendente giro en ese rompecabezas.

—¿Adónde tiene pensado ir en Inglaterra? —le preguntó en inglés.

—A Londres. Al menos para empezar.

Ah, ahí sí percibió el acento, aunque tal vez uno de extremada precisión, que le daba un encanto casi líquido.

—¿Y después?

—Tampoco eso tiene por qué interesarle, señor.

Él no discutió ese punto, pero ella no se lo quitaría de encima muy fácilmente. Había adquirido una misteriosa aventurera que no aceptó su ofrecimiento sólo porque estaba de mal humor. Percibía urgencia y miedo en ella. ¿De qué? En realidad, eso debería preocuparlo un poco, pero estaba embelesado.

Tenía misterios para resolver, ingenio para desafiar y una acompañante tan hermosa que simplemente mirarla le enriquecía el día. Hasta el momento, cada uno de sus actos y reacciones prometían más. Tenía valor, brío y un temperamento vivo. En unos pocos días de camino, exploraría todos sus secretos, incluso aquellos que sólo se descubren en medio de la pasión, en una cama.